

CLARA MENDÍVIL

# *Loto Rojo*

La novela de Ching Shih,  
la pirata más poderosa de la historia

la esfera  de los libros

# 1

**N**o tengo recuerdos apenas de mi niñez, al menos no de mis primeros años junto a mis padres y, desde luego, no recuerdo el nombre que me pusieron, si es que tuve nombre en esa época. Imágenes difusas acuden en ocasiones a mi mente: una mujer que llora, un hombre que grita y me señala con el dedo diciendo que no pueden alimentar una boca más, un montón de niños de edades diversas, pero mayores que yo... A veces recuerdo la sensación de dormir todos amontonados en un jergón. También brota a menudo frente a mis ojos una escena que supongo corriente: me veo con los pies metidos en agua tratando de seguir el ritmo de mis padres y mis hermanos recogiendo arroz.

Una noche, eso sí lo tengo claro en mi memoria, una noche llegó un hombre extraño a nuestra choza: su voz recia hablaba en fuertes susurros con quien imagino que era mi padre. Él accedió a algo, negociaron un precio y enton-

ces vino a buscarme, rebuscó entre la maraña de brazos y piernas del jergón y me sacó de allí. La mujer, supongo que mi madre, se acercó y me abrazó suplicando, pero mi padre le ordenó callar y me entregó al forastero. Recuerdo que yo lloraba y tendía mis manitas hacia la mujer, pero ella se quedó allí quieta, con las lágrimas corriendo por sus mejillas, sin hacer ningún gesto ni tratar de rescatarme.

El forastero me sacó de la casa y me tendió en la parte de atrás de su carro, con una manta ligera con que cubrir mi camisa y protegerme del frío aire nocturno. No me miró ni me habló. Yo estaba tan asustada que tampoco traté de entablar conversación. No sé qué edad tendría entonces: ocho años, tal vez nueve. Agotada, acabé por dormirme a pesar del traqueteo del carro.

Cuando desperté el hombre estaba hablando con alguien. Una mujer.

—Está demasiado delgada —dijo ella.

—Malvivía en los arrozales —contestó el forastero—. Aliméntala bien y descubrirás que no es tan fea.

—Es muy pequeña —rezongó la voz femenina.

—No tanto. Tendría su público. Pero si quieres algo especial, edúcala un par de años antes de ponerla a trabajar. Veo potencial en ella, y ya sabes que tengo ojo.

—Dos años de educación y cuidados me saldrán caros. Te doy cien monedas de bronce.

La voz masculina rio.

—Eso es lo que yo he pagado por ella. Llevamos muchos años haciendo negocios, Madame Yeng, y sabes que

no soy tonto. Ponla a limpiar las letrinas para sacarle provecho mientras la formas. Quinientas monedas.

—Doscientas.

—Cuatrocientas.

—Trescientas.

Y así, por trescientas monedas de bronce, fui vendida como aprendiz a Madame Yeng, propietaria de uno de los más importantes burdeles flotantes de Cantón.

Los siguientes años no fueron tan malos. Madame Yeng era un ama dura, pero también justa. Comía mejor que en el que había sido mi hogar hasta entonces y el trabajo no era tan penoso. A mi corta edad estaba acostumbrada a trabajar en el campo y en la casa. Las letrinas olían peor, pero el cuerpo me dolía menos. También me mandaba a hacer recados, limpiaba el burdel y asistía a las chicas en lo que necesitaban. Algunas tenían mi edad o poco más, y yo me estremecía pensando en el momento en que tuviera que ponerme a servir allí. Pero Madame Yeng me dijo que me centrara en el presente, y eso hacía.

Tenía tendencia a dejar mi mente divagar y cuando ella me encontraba mirando a las nubes con la escoba quieta en mi mano, nunca me hacía azotar. No por piedad, pues no conocía el significado de esa palabra, sino porque no quería marcar mi piel. Buscaba otras maneras de castigarme igual de eficaces.

Un día, mientras la peinaba, le pregunté por qué no me había puesto a trabajar con las otras chicas.

—¿Quieres que te pase al burdel ya? —me dijo riendo.

Yo entonces tendría unos diez años y no tenía ninguna prisa. Algunos clientes me miraban con lascivia cuando me veían pasar y sé que alguno le pidió a Madame Yeng que yo le sirviera. Pero ella se negaba. A mí me daban asco sus miradas y sus manos cuando tocaban mi cuerpo aún sin desarrollar.

—No —negué—. Cuanto más tarde, mejor.

—A muchos hombres les gustan las niñas —me explicó—. Yo a tu edad ya trabajaba. Pero tu tratante tenía razón. Tienes algo especial y sacaré más dinero si sé esperar y adiestrarte.

Nunca supe exactamente qué era lo que me hacía diferente. Las chicas alababan mi piel, que en cuanto dejó de estar expuesta al sol inclemente del campo se volvió fina y muy blanca. Pero ni mis ojos oscuros y rasgados, ni la larga melena negra ni mi complexión me diferenciaban de las demás. Conforme crecí, desarrollé, eso sí, una altura excepcional que me hacía sobresalir de entre las otras chicas, pero nunca consideré eso una ventaja, sino más bien al contrario.

Una tarde, tras preparar la cena para las chicas, le serví el plato de pescado a una de ellas. Se llamaba Luna y era la estrella del burdel. Había comprado ya su libertad a Madame Yeng, pero continuaba allí porque eso era lo que mejor se le daba y ganaba más dinero del que podría conseguir de cualquier otra manera.

—Y tú, ¿cuándo empezarás a ganarte el pan? —preguntó sin maldad.

—Solo hago lo que me mandan —contesté tratando de ser humilde. Al fin y al cabo, Luna tenía más de veinte años y no me convenía contrariarla.

—Madame Yeng debe de tener reservado algo especial para ti si te desperdicia dedicándote al servicio.

Me encogí de hombros. Luna se echó a reír.

—Desde luego no es tu inteligencia. ¿Sabes leer? Lo suponía —dijo ante mi negativa—. Deberías aprender si quieres llegar a algo en la vida.

Levanté la mirada brevemente y ella vio la ira que por un momento se reflejó en mis ojos. Hacía lo que me mandaban y era callada y trabajadora, pero eso no significaba que me gustara el destino que me aguardaba.

—¡Ah! —dijo Luna—. Así que es eso.

—¿El qué? —me atreví a preguntar.

—Tu carácter. Sí, puede ser. De jóvenes calladas que se abren de piernas está Cantón lleno. Pero si tienes carácter... Si sabes utilizarlo... Sí, ha debido de ser eso.

Seguí con mis tareas, adecentando las habitaciones. Yo no era la única que servía allí, pero sí la más joven: Madame Yeng recompensaba a las chicas que habían sido leales a su casa y habían trabajado bien y, cuando se hacían demasiado mayores para seguir ejerciendo, si no habían encontrado marido o alguna otra opción, las dejaba seguir viviendo allí como criadas. Ellas tenían un techo y un plato de comida, y Madame Yeng cubría sus necesidades.

Al día siguiente me encontraba peinándola como de costumbre cuando solicité permiso para hablar. Ella me alentó. Creo que, en el fondo, me tenía cierto aprecio. Era algo así como su mascota, por eso me atreví a abrir la boca.

—Me gustaría aprender a leer.

Ella se quedó callada y yo seguí pasando el peine por su espesa melena, maldiciéndome por haber sido tan atrevida. ¿Y si se enfadaba? ¿Y si dejaba de protegerme? Entonces preguntó.

—¿Por qué?

Yo me encogí de hombros sin dejar de hacer mi tarea con la vista baja.

—No sé por qué no estoy ya con las otras, pero si ha visto algo en mí, sea lo que sea, estoy segura de que mejorará si sé leer y escribir.

—Tal vez tengas razón. Hay clientes que aprecian a las chicas que les leen historias picantes en voz alta. —Se giró y me miró—. Es hora de empezar tu instrucción. Voy a comenzar a adiestrarte, y añadiré la lectura si lo deseas, pero tendrás que quitar el tiempo de estudio del sueño, porque no quiero que descuides tus tareas. ¿Está claro?

—Sí, señora —dije.

Así que durante los siguientes dos años trabajé mucho, dormí poco y aprendí cosas que jamás me hubiera imaginado que existieran. Madame Yeng cumplió su promesa de enseñarme a leer y escribir en cantonés y mandarín, idioma que también acabé dominando, pues, como poderoso puerto que éramos, recibíamos visitas de comercian-

tes y marinos de toda la China, Vietnam, Malasia e incluso Europa. Pero también me enseñó todas las artes que ella consideraba que me convertirían en una cortesana codiciada, y no simplemente una prostituta. Me enseñó a cantar, bailar y tocar de forma más o menos armónica la pipa\*. El sexo no me escandalizaba: cuando era niña oíamos a nuestros padres cuando hacían el amor, ya que nuestra choza solo tenía una habitación. Y llevaba dos años viviendo en uno de los distritos más liberales de Cantón: rodeada de prostitutas, una no podía hacer otra cosa que normalizar el sexo como algo que da de comer. Una moneda de cambio que, en ocasiones, produce placer.

¿El amor? El amor no entraba en nuestras conversaciones. Un par de las chicas de Madame Yeng habían escapado con marineros persiguiendo el amor. Una no había pagado su deuda, era propiedad de la casa y fue azotada y vendida a un burdel de tercera clase cuando la capturaron. La otra era libre y regresó tres meses después con el rabo entre las piernas, suplicando poder volver a trabajar allí. No, el amor no era para nosotras. A lo sumo, si jugaban bien sus cartas, las chicas podían aspirar al matrimonio o el concubinato, y cambiar una esclavitud por otra, aunque esta pusiera un techo sobre sus cabezas para el resto de sus vidas.

---

\* Instrumento de cuerda pulsada tradicional chino parecido al laúd occidental.

Madame Yeng me asignó a Luna y, durante dos años, fui su asistente personal. Quería que aprendiera a maquillarme, a fingir modestia, a hacer creer a los hombres que ellos eran especiales y no uno más. También aprendí a moverme y algunos trucos que los volverían tan locos que solo podrían pensar en mí.

Durante ese tiempo absorbí todos los conocimientos que pude. Aún me quedaba mucho por aprender, por supuesto, pero pronto llegó el día en que Madame Yeng me consideró preparada. Era 1789 y yo ya tenía catorce años. Creo que veía que Luna se estaba haciendo ya vieja para ese trabajo y pensaba que yo podría sustituirla a la cabeza de la casa. Los otros burdeles también tenían sus propias estrellas, pero Luna atraía gente desde fuera de Cantón: todos querían probar sus artes y muchos le propusieron matrimonio. Ella siempre los rechazaba, pues no le interesaba que un desconocido se llevara los ahorros de su vida y acabar pariendo un hijo tras otro, o, peor aún, trabajando en los arrozales hasta morir.

Pero un día, Luna se reunió con Madame Yeng y cerraron la puerta. Yo esperé fuera. Hasta mí llegaron murmullos airados seguidos de silencios.

—Con todo lo que yo he hecho por ti, ¿así me lo pagas? —Oí decir a Madame Yeng. Luna murmuró algo que no alcancé a comprender.

—Claro que te entiendo, pero no puedo evitar sentirme traicionada.

—Te he hecho rica —replicó Luna.

Los reproches subieron de tono, pero después la conversación bajó a unos niveles en que no podía distinguir nada más allá del susurro de las voces. Pronto oí sonidos que me indicaban que se estaban levantando y me aparté de la puerta. Luna me encontró en la pared de enfrente del pasillo, de pie, con la mirada gacha y las manos unidas delante del cuerpo. Me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí? ¡Vete a hacer algo de provecho!  
—me gritó.

Madame Yeng salió a continuación y su expresión al mirarme fue más triste y calculadora que iracunda.

—¿Has escuchado algo?

No tenía sentido mentir.

—Algo, no mucho —dije.

—Luna va a abrir su propio burdel. Al menos cambia de distrito, la muy ingrata. Espero que estés lista; ninguna otra chica puede deslumbrar como lo hace ella y no pienso perder clientes con su marcha.

La semana siguiente Luna se fue y esa misma noche, para que los clientes no la echaran de menos, Madame Yeng subastó mi virginidad. No era la más joven, pero era blanca y delicada, y sabía bailar y tocar la pipa. Mi altura, que ya destacaba, podría haber supuesto un contra-tiempo, pero Madame Yeng supo venderla como algo que me hacía diferente. Tampoco tenía los pies vendados,

aunque los pies de loto era algo que a la mayoría de clientes le encantaba. Pero en el campo no podían prescindir de mi trabajo y cuando llegué a Cantón Madame Yeng decidió que si iba a ser sirvienta durante años no podría serlo con los pies vendados. Así que me libré de esa tortura, aunque también perdí esa delicadeza, que tuve que suplir aprendiendo a caminar con el movimiento de un junco sobre las altas plataformas de madera que usaban las mujeres manchús, exagerando el vaivén de mis caderas y dando pasitos ridículamente cortos para mis largas piernas.

Madame Yeng organizó un espectáculo bajo las carpas del exterior en el que yo era la estrella: bailé algunos números, canté y después me senté en una especie de trono frente a la clientela. Me colocó un tocado imperial en la cabeza. Me habían maquillado y peinado como a una muñeca y llevaba un bonito vestido púrpura de amplias mangas que no dejaba a la vista demasiada carne. Era muy arriesgado presentarme con el color reservado a la familia imperial, y hubiera sido juzgada y condenada si alguien la hubiera denunciado, pero solo los habituales habían sido invitados a aquella velada. Decenas de ojos curiosos me miraban con lujuria y las otras chicas observaban desde el fondo esperando el momento en que hubiera un vencedor para ofrecerse a los demás.

—¿Cómo se llama? —pregunto un hombre de unos cincuenta años con largos bigotes y la cara redonda como un buda.

Yo no tenía nombre. Mis padres me habían llamado Número Seis, por ser la sexta hija, pero mi padre siempre se negó a nombrarme, supongo que porque desde que nací tuvo en mente deshacerse de mí. Cuando llegué a Cantón simplemente era *chica* o *eh, tú*, o *criada joven*. Madame Yeng se quedó pensando: era necesario que tuviese un nombre atractivo, que proyectase belleza y sensualidad, y ella era una experta en eso. Me nombró *Lin*, Loto, y así me llamé a partir de ese momento.

La puja la ganó un hombre mayor. No sabría decir su edad exacta, pero su coleta ya era blanca y sus arrugas profundas.

—A ese no se le levanta. —Oí que decía entre risas una de las chicas a otra.

Madame Yeng me llevó a una habitación y me dio un té. Asintió satisfecha cuando vio que me encontraba tranquila.

—Tu futuro en esta casa depende de que hagas bien tu trabajo —me dijo.

Entró mi comprador y ni siquiera hablamos: me quitó el vestido, se tumbó sobre mí y empezó a moverse. Dos minutos después gruñó satisfecho, se bajó la túnica y se fue.

A partir de ese día se acabaron los trabajos duros para mí: no más letrinas, no más limpiar ni llevar pesos, ni aguantar a prostitutas que se creían diosas.

Me convertí, como Madame Yeng quería, en la estrella de la casa.

## 2

Los años siguientes fueron fáciles en comparación con lo que había sido mi vida anterior. Trabajaba por la noche, dormía hasta el mediodía y dedicaba la tarde a seguir mi instrucción. Madame Yeng perfeccionaba mis artes y cuando crecí un poco me empezó a enseñar también algo de cultura general para dominar el arte de la buena conversación.

—Tienes que aprender a ser interesante —dijo—. No vale con ser una amante excepcional: si quieres mantener la atención de un hombre y que pague grandes cantidades de dinero por tu compañía debes ser irresistible en todos los aspectos.

Así que aprendí a contar historias, los mitos propios de nuestro pueblo, las fábulas de los dioses y las diosas, las leyendas de toda China, desde el norte hasta el sur, e incluso algunos cuentos occidentales para los visitantes británicos, portugueses y holandeses que abundaban en aque-

lla época por nuestra tierra. Me enseñó nociones básicas de historia, las preguntas que debía hacer a un hombre para alimentar su ego y la cara que debía poner para que me creyera interesada. Era buena. Era muy buena, aunque ni siquiera yo entiendo por qué. Tal vez era cierto que Madame Yeng supo ver en mí un potencial oculto, o tal vez es que estaba en mi naturaleza ser la mejor en todo aquello que hiciera, fuera lo que fuese.

También descubrimos que tenía una gran habilidad para la contabilidad: aprendí a sumar, restar y multiplicar sin apenas esfuerzo, de forma natural, y pronto ayudaba a Madame Yeng en mis ratos libres a llevar la economía de la casa. Me di cuenta de que ganaba mucho dinero conmigo y, cuando el precio de mis servicios subió tanto que solo los ricos podían pagarme, le pedí un aumento sobre mi porcentaje.

—¿Estás loca? Apenas llevas tres años trabajando, eso no se ha hecho nunca.

—Pero yo soy yo, Madame Yeng —dije humildemente, con la cabeza gacha, para demostrar que no pretendía un enfrentamiento—. Le hago ganar mucho dinero a diario y creo que es justo que pueda percibir algo más a cambio.

—Pero a lo que ganas hay que descontar tu manutención, el espacio en el que vives y el coste añadido de tu educación, a la que dedico varias horas a diario. Y todos los años que te mantuve sin que me dieras dinero a cambio. No sabía si recuperaría algo de todo ese gasto, es justo que se me retribuya ahora.

—Esos años me gané mi sustento como sirvienta, Madame Yeng —insistí tozuda, pero sin endurecer la voz—. Y mi educación no es sino una inversión que le hace ganar más dinero cada vez. Los marineros y piratas pagan bien, aunque no aprecian nada que no sea el sexo. Pero conmigo los altos funcionarios y los mercaderes ricos ofrecen verdaderas fortunas para tenerme para ellos solos toda la noche. Ni Luna consiguió tanto.

—Si hago lo que dices podrás comprar tu libertad en apenas dos años más. —Supe que le daba miedo perderme. Quise creer que no solo porque se desvaneciera una buena fuente de ingresos, sino porque tal vez me tenía algo parecido al cariño. Noté en su tono que empezaba a flaquear.

—Si me lo he ganado, ¿por qué no? —Levanté la mirada—. Seguiré aquí, ¿para qué me iba a marchar? Todavía no he aprendido todo lo que hay que saber sobre cómo funciona este oficio. Y aquí estoy bien.

—Si me prometieras quedarte hasta los veinte años, al menos, para que pudiera recuperar mi inversión...

Supe que había ganado la batalla. El porcentaje que percibía sobre mis ingresos creció, una jovencita que llegó en esos días al burdel pasó a ser mi criada personal y me comprometí a quedarme con Madame Yeng hasta los veinte años, como mínimo. Con diecinueve ya era dueña de mi destino. Desde ese momento, Madame Yeng dejó de enseñarme porque consideró que ya sabía suficiente, y su trato conmigo pasó a ser más cálido, pues ya éramos iguales en cuanto a derechos y deberes. Seguía quedándose

una parte generosa de lo que yo ganaba en concepto de vivienda y manutención, pero ya no hacía cambios sin consultarme. Continué ayudándola con las cuentas y aprendí, de la mujer más astuta e inteligente que he conocido, a llevar un negocio.

Conocí a mucha gente interesante. No salía mucho, pero a veces alguno de mis amantes me llevaba a cenar. Los banquetes se celebraban en las casas de comidas y consistían en una ingente cantidad de platos, a cada cual más exquisito, que se sucedían hasta no poder más. Todo aquello me deslumbraba. Costaban el equivalente a lo que la mayoría de gente ganaba en un mes y las chicas me miraban envidiosas cuando sabían que iba a cenar fuera. La comida habitual de la casa no salía del arroz, la fruta que se cultivaba en nuestro entorno, sopas variadas y pescado fresco. No tenía queja, pero con aquellos hombres descubrí exquisiteces famosas en toda China, como el pato laqueado, el cerdo asado crujiente o la muy célebre sopa de aleta de tiburón.

¿Y el sexo? Bueno, el sexo nunca me importó. Para mí era simplemente un trabajo y no le daba vueltas. Me servía de él igual que lo hacía de otros métodos para conseguir que los hombres me adoraran y se dejaran el dinero en mí. Y me gustaban los regalos. A decir verdad, desde que dejé de pertenecer legalmente a Madame Yeng ella ya no se ocupaba de comprarme ropa, maquillaje ni ungüentos, y me costaba mucho, con esa mentalidad de campesina pobre que nunca me había abandonado, gastar mis ingre-

sos en esas cosas. Me gustaba contemplar cómo crecían mis ahorros. Tenía una caja de madera lacada escondida en mi habitación y por las noches miraba el dinero. Pronto tuve que comprar otra caja, pero ni siquiera entonces gastaba con alegría, no sabía cómo hacerlo. Así que me venía muy bien que mis clientes me hicieran regalos: túnicas, abanicos, perlas, adornos para el pelo, joyas y hasta vestidos occidentales que me ponía para algunos de ellos.

Unos cuantos me quisieron en exclusiva, incluso me propusieron matrimonio. Yo no decía nada. No quería rechazarlos para no perderlos, pero no pensaba aceptar. Me había acostumbrado a mi vida y no quería ser de un solo hombre. Perteneciendo a muchos me pertenecía a mí misma. O tal vez, tal vez es que no quería que otra persona pudiera decidir por mí el resto de mi vida. Mi padre tuvo ese derecho y después Madame Yeng. No volvería a pasar por eso.

Cuando salía del burdel flotante y bajaba a tierra firme, solía pasearme por Cantón con lujosas vestimentas, sombrillas decoradas y abanicos de plumas, disfrutando de las miradas que arrancaba a los hombres con los que me cruzaba. Las mujeres solían observarme con una mezcla de desprecio y envidia. No me importaba: las entendía. Cuando acudía al templo vestía de forma más discreta y hacía las ofrendas acompañada de mi criada. Fang resultó ser poco agraciada y tenía los dientes torcidos, así que decidí quedármela en lugar de dejar que Madame Yeng la vendiera a quién sabe qué clase de persona. Era agradable, servicial y simpática, y también divertida. A su estilo, un

poco burdo, me hacía reír y solía ser a ella a quienes los hombres adinerados con los que nos cruzábamos se dirigían para preguntar por mí. Me servía bien y trataba de compensarla con un buen trato.

Mi vida no era apasionante ni estaba llena de sorpresas, pero a mí me gustaba. Era mucho mejor de la que hubiera tenido de haberme quedado en la aldea y sus arrozales. Qué ironía que al final tuviera que agradecerle a mi padre que se hubiera deshecho de mí.

Y una noche, cuando tenía veinticinco años y empezaba a sentirme mayor para seguir llevando la misma vida de siempre, los piratas llegaron a la casa.

No es que fuera la primera vez. Estábamos en Cantón: los piratas salían de detrás de las esquinas en cuanto girabas una y, por supuesto, visitaban los burdeles tan pronto como pisaban tierra. A veces, como era nuestro caso, ni siquiera necesitaban alejarse del mar. Nuestra casa era un enorme junco\* al que se le habían quitado las velas, añadido estancias y llenado de lujos, con una cómoda rampa para acceder desde tierra. Tenía un gran prestigio y a los piratas les gustaba, pero yo no solía encargarme de ellos. Buscaban diversiones más básicas que las que yo ofrecía y, además, tampoco hubieran podido permitirse mi compa-

---

\* Embarcación a vela característica del mar de China. Posee una popa corta, carece de quilla y sus velas están hechas de fuerte tela de algodón unida por juncos. Se usó en la guerra, en el comercio y en la piratería.

ña. Pero entonces, esa noche, una horda de piratas llegó a mi hogar riendo y gritando. Madame Yeng trató de poner orden, pero le lanzaron una enorme bolsa llena de monedas y con eso consiguieron que les dejara hacer. Se expandieron por la sala como una plaga, echaron al resto de clientes y eligieron a las chicas que les gustaban. Ellas les siguieron el juego, pues los piratas solían ser una compañía divertida y contaban buenas historias, pero entonces uno de aquellos hombres se acercó hasta mí.

Yo estaba sentada en una silla algo elevada observando indolente el desarrollo de los acontecimientos. El que era mi mejor cliente en esa época, un poderoso hombre de negocios, me había reservado para esa noche en exclusiva y, por lo que podía ver, no le iban a dejar entrar. El pirata me miró de arriba abajo y dijo:

—Tú, conmigo.

Me reí con insolencia, ocultando mi rostro detrás de un precioso abanico.

—¿De qué te ríes? Quiero ver qué hay debajo de tanta ropa.

Ya he dicho que yo no necesitaba mostrar piel. Mis talentos eran otros y una manera de diferenciarme era, precisamente, no enseñar tanto como las demás. Mis compañeras solían llevar qipaos\* sin pantalones, cortados a la altura

---

\* Vestido de una sola pieza, utilizado por hombres y mujeres, que fue de uso obligatorio durante la dinastía Qing. La versión masculina se conoce como changpao.

del muslo o con aberturas laterales más allá de la cintura, o muy ceñidos, o los llevaban bien abiertos enseñando la ropa interior. Yo, sin embargo, vestía esa noche un qipao completo en rosa con bordados de dragones azules y chopines con altas plataformas que exageraban mi altura aún más. Madame Yeng insistía en que los calzara, decía que así parecía una diosa mirando a sus fieles desde las alturas.

—Tú no puedes pagarme —le dije devolviéndole la mirada con indiferencia—. Valgo mucho más de lo que tú ganas en una de tus campañas.

—¡Ya le hemos pagado a tu señora una buena suma! —protestó indignado—. ¡Si te quiero, te tendré!

—No es mi señora. —Me puse seria y me levanté. Erguida, le sacaba más de una cabeza a ese hombre. Miró hacia arriba, incómodo, mientras me acercaba—. Soy una mujer libre y elijo mis compañías. Tú no puedes pagarme.

Dudó, pero las risas de sus compañeros a su espalda debieron encenderle. Se irguió intentando que la diferencia de altura no fuese tan notoria y alzó la mano como si fuera a agarrarme. No es que pudiera hacer gran cosa si ese hombre se empeñaba, pero en general sabía hacerme respetar. No retrocedía. Entonces se alzó una voz con el tono de quienes están acostumbrados a ser obedecidos sin demora. Ni siquiera tuvo que gritar.

—Déjala —dijo, y aquel hombre se encogió como un perro apaleado, dio media vuelta y se marchó.

El dueño de esa voz profunda y potente apareció por detrás de los demás piratas y clavó su mirada en mí. Vestía

como un alto cargo, de rojo y negro, y una larga trenza recorría su espalda. Me fijé en sus ojos, pequeños y penetrantes, que me observaban con admiración. Tal vez no poseyera una gran belleza, pero tenía algo que le hacía sumamente atractivo: su porte, la forma de moverse como si fuera dueño del lugar, su mirada. Y su sonrisa, esa sonrisa que ahora me dedicaba a mí y que estrechaba sus labios hasta hacerlos invisibles.

Se acercó andando con calma, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Su piel era muy oscura, supuse que por la vida a bordo, aunque vestía más como un mandarín del emperador que como el jefe de una banda pirata. Cuando estuvo delante de mí alzó la cabeza, en absoluto impresionado por mi estatura.

—Yo sí puedo permitirme tu compañía. ¿Me harías el honor? —dijo tendiendo su mano derecha. Sin apenas dudar le devolví la sonrisa y dejé caer la mirada tomando su mano.

Y así fue como Chen Yi, el famoso pirata, perteneciente a una ilustre familia cuyos miembros ejercieron ese oficio durante generaciones, y dueño de una de las flotas más importantes del mar de la China, entró en mi vida.